

Julia M. Medina

La selva mecánica en el país de las maravillas

University of San Diego, EE.UU.

jmedina@sandiego.edu

Gusten o no, los tantos árboles metálicos que hierran la capital nicaragüense no pasan desapercibidos. Cuando los primeros prototipos empezaron a retoñar en el 2013-14, se podían ignorar como parte del arsenal visual tecnicolor o psicodélico que ha caracterizado la etapa post-sandinista del orteguismo. Empezaron como parte del monumento psico-electrónico dedicado a Hugo Chávez que corona el paseo “de Bolívar a Chávez”. Tres años después, los árboles se han convertido en una “especie invasora” imponente en el panorama visual de la ciudad. Desde su nombre oficial de “los árboles de la vida” a los apodos jocosos de arbolatas, chayolatas o chayotadas, entre tantos más, estas estructuras se han convertido en objetos y sujetos de la cotidianidad capitalina, ya sea en conversaciones, chistes, caricaturas, poesía, canciones, como también en formas de vida para quienes los cuidan, los habitan, los vandalizan y demás.

Estos árboles mecánicos han transformado el paisaje de la ciudad, porque hay más de 130 de ellos. Han sido diseñados en dos tamaños de porte faraónico. Unos, de 21 metros de alto por 13 de ancho que pesan 9 toneladas; y otros, de 17 por 13 metros que pesan 7, según los medios. Además de las miles de bujías led que adornan cada uno, están contruidos con metal, acero, cemento y cables, presuntamente por la empresa nacional de transmisión eléctrica (ENATREL). Sin entrar frontalmente en las polémicas de su costo y del gasto institucional que suponen, me remito por ahora a describirlos materialmente para ilustrar el alcance de su presencia visual. Empero, no son los primeros árboles artificiales que adornan la ciudad de Managua. Durante el

primer término presidencial de Daniel Ortega en su etapa post-sandinista, aparecieron docenas de estructuras imitando ser coníferas que, dada su iluminación, se conocían como los árboles de navidad. Aquellos conos, tampoco endémicos de esta tierra, empezaron a surgir en torno a las fiestas navideñas y se fueron perpetuando el resto del año, reproduciéndose, y a la vez normalizando este nuevo tipo de asalto visual. Eran árboles alegóricos que se limitaban a las rotondas y a los lugares conmemorativos de la ciudad. La sucesión ecocida de las “coníferas” por estos nuevos árboles mecánicos, además de haberlos reemplazado en las rotondas y en los espacios conmemorativos, bordean las carreteras y los bulevares principales de la ciudad, como también a los mismísimos árboles verdaderos.

Para muchos, estos árboles de la vida representan el embellecimiento, las mejoras públicas y la prosperidad que ha alcanzado el gobierno orteguista. Mejoras que logran darle carácter y personalidad a Managua; la cual, a parte de su verde gracia topográfica, no ha tenido nada que exhibir. Consistente con el perfil populista del régimen, otros alegan que estas esculturas son fuente de orgullo, esperanza y trabajo para los sectores más empobrecidos de la población. Para los sectores conservadores, estos árboles son esperpénticos y constituyen otro ejemplo más de la mística esotérica que dicta la estética política murillista-orteguista. Para otros, como Dora María Téllez, las estructuras arboleares representan un símbolo del poder que, dentro de la mística mencionada, conjura la maldad que pueda acecharlo, a la vez que proyecta la permanencia de dicho poder. Además de estas perspectivas generales, un gran número de periodistas nacionales han señalado muchas de las implicaciones económicas, políticas y sociales de esta selva mecánica.

En este caso, se propone también que la insistencia y la proliferación de estos “árboles” representan una coyuntura problemática entre estética, política, violencia ecológica o prácticas ecocidas y la cultura visual. Visualmente estas estructuras desnaturalizan y enajenan la “naturaleza” al hiper-estetizarla y deformarla, mientras “naturalizan” lo mecánico como hipérbole visual. Así como la lógica (neo)liberal apoya el recurrente sueño canalero, el despale de las zonas protegidas, los avances colonos sobre las regiones autónomas del atlántico, como también

respalda los incontables asaltos directos a las ecologías regionales y a sus protectores. Después de todo, cabe resaltar que el apareamiento de estos árboles coincide precisamente casi cabalmente con el principio oficial del controvertido proyecto canalero. Se trata de una inversión en retórica visual que neutralice, justifique y normalice la lógica antropocéntrica que dictan las políticas ecológicas gubernamentales.

Si consideramos brevemente la cuestión estética, los “árboles” nos remiten en nombre y forma a la obra de Gustav Klimt. Inicialmente producidos por encargo en forma de mosaico, “los árboles de la vida” luego fueron transformados a pintura, así constituyendo el único paisaje de la etapa dorada del artista. En su genealogía visual, representan la estética del movimiento modernista en Austria, de la misma forma que aluden al modernismo preciosista de Rubén Darío. En torno al centenario aniversario de la muerte del poeta, esta insistencia en un neo-modernismo no es fortuita. En la iconografía oficial del gobierno actual sabemos que el Darío preciosista, el del traje (prestado) de embajador, es el único que se celebra. El Rubén Darío periodista, el intelectual, el nómada, el polémico y el escritor como ser humano, es casi tabú en el imaginario oficial-nacional. De esta manera, así como los árboles orgánicos se convierten en mercancía o en obstáculos del progreso y de la construcción, ya sea del canal o de lo que fuere, Rubén Darío como ser humano y escritor se reduce sólo a ser poeta. Los árboles de hierro implican que lo metálico supera estéticamente y es más valioso que lo orgánico. De forma casi análoga, la insistencia en Rubén Darío marcado sólo como poeta, especialista, vaciado de su contenido orgánico, humano, filosófico.

Hurgando en las implicaciones estéticas, los árboles mecánicos producen un contraste en su contexto que no es necesariamente embellecedor. En el mejor de los casos, dadas las luces y los colores que ostentan, las estructuras inducen casi un efecto de maravilla, por no decir de parque de diversiones. Sí, Managua puede ser un país de las maravillas: pese a la pobreza de sus tantos ciudadanos, pese a los estragos que dejó el terremoto, pese al pestilencia del Lago de Managua, pese a la Chureca y al resto de basura que adorna sus calles ... Managua representa a un país de las maravillas. Por la noche, los metales opacos dependen de lucecitas para generar el efecto

carnavalesco. Durante el día, irónicamente el verdor del entorno natural resalta el excéntrico colorido de las estructuras. Así mismo, la imponente presencia de estas ostentosas formas producen una disonancia estética y ética en relación al nivel y calidad de vida que marca la ciudad. Árboles de la vida en avenidas cundidas de vendedores ambulantes, mendigos y una que otra anacrónica carreta jalada por desnutridos animales, equinos o bovinos.

Además de maravilla y supuesta prosperidad, estos “árboles” ponen en evidencia la carnavalización esta vez ecológica de la estética y ética revolucionaria. La destrucción/el despale de Bosawás y la mafia maderera, la amenaza canalera que ha movilizado a miles de campesinos, la represión en contra de los activistas, la contaminación/destrucción paulatina del lago Cocibolca, las lagunas, ríos y lagos en vías de desaparición, entre tantos otros problemas ecológicos desentonan con el discurso proteccionista y ecologista que pretenden apoyar los dirigentes actuales. Los “árboles de la vida” materializan visualmente las contradicciones entre la sucesión de sus gobernantes. En Managua, los monumentos y el arte público constituyen un campo de batalla ideológico. Durante la época liberal se borraron los murales y las obras del gobierno sandinista. En el período orteguista, se demolieron obras liberales, entre ellas la concha acústica, la fuente de la plaza de la revolución o el monumento del faro de la paz entre otros más, mientras se reedifican y forjan otros espacios como el puerto Salvador Allende en torno al lago y se “plantan” los árboles mecánicos. ¿Qué sucederá a esta selva que maravilla por su espanto visual y político?